Historia del laboratorio y parque central de veterinaria militar.

Vicente Serrano Torné

Se me ha solicitado que os cuente, para cerrar este ciclo de conferencias, algo sobre la historia del Parque Central de Veterinaria Militar, tan joven que apenas tiene historia. Procuraré hacerlo, si no con brillantez, al menos con amenidad y, desde luego, de forma breve, por aquello tan conocido de Gracián, el gran predicador de la brevedad. Y, con espíritu veraz, cosa no frecuente, pues es bien sabido que la historia ha sido escrita siempre por los vencedores. De otro modo, sería distinta la versión sobre Catilina que la bien conocida de Cierón; la vida de Cleopatra hoy parece muy distinta a la que tradicionalmente nos ha llegado. Ahora mismo nos están contando una historia sobre nuestra guerra civil que es nueva para nosotros, los que la conocimos.

La fundación de este Centro está a punto de cumplir su cincuentenario, aunque sus raíces son, claro es, bastante más lejanas, pudiéramos decir que con un doble origen: por un lado, una implantación más antigua, la Sección de Veterinaria del antiguo Instituto de Higiene Militar, aquel heredero del Laboratorio Histoquímico del pasado siglo, ubicado en la calle de la Princesa.

Pues bien, el reglamento de dicho Instituto, de 1904, instaura en el mismo la Sección de Veterinaria, a la que irá inmediatamente después destinado uno de los mejores bacteriólogos que ha tenido la Veterinaria, tanto la castrense como la civil, Julián Mut, el de los famosos «gránulos», que daría lustre al Centro, lo mismo que su sucesor, Andrés Huerta, padre del no hace muchos años Inspector Geneal de Farmacia del Ejército de Tierra.

A partir de 1908 empiezan a impartirse en dicha Sección cursos de bacteriología para oficiales veterinarios, que se especializan en dicha disciplina, cursos que, salvo una interrupción de varios años en el primer cuarto del siglo actual, presistieron hasta el comienzo de nuestra contienda civil. Los cursos abarcan técnicas bacteriológicas e histológicas, estudios prácticos de inmunización, preparación de sueros y vacunas y técnicas vacunales, inoculaciones y seroterapia y análisis fisicoquímicos, higiénicos y clínicos. No olvidemos, antes de esbozar una sonrisa de suficiencia, que hay que situarse a principios de siglo. Los cursos duraban desde el 1.º de octubre hasta fin de junio, siendo el diploma indispensable para destinos en los hospitales hípicos del Ejército y en las carnicerías militares que pudieran crearse, así como para las vacantes del Instituto.

Se formarían en dicha Sección, al cabo de los años, muchos Diplomados en Bacteriología, como Cuasi Suñer, Alonso de Pedro, Emiliano Alvarez, Francisco López Cobos (que escribiría años después una magnífica obra sobre guerra química), el inolvidable don Teógenes Díaz Domínguez, al que conoceríamos de Jefe de Estudios de este Centro mucho más tarde y que invariablemente se presentaba a cualquier Centro médico que visitáramos como «Teniente Coronel Veterinario y Doctor en Medicina, a falta de tesis», como así era, el querido Jerónimo Gargallo, fusilado en Valencia por querer acompañar a su hijo hasta el más allá; el inefable don Flavio Ramón Pulido, uno de nuestros más pintorescos generales, y tantos otros, entre ellos el primer general del Cuerpo, don Vicente Sobreviela, y el gran Manuel Medina, al que después me referiré, formando, pues, una galería de personajes, muchos brillantes, algunos anecdóticos, pero, en todo caso, inolvidables y representativos de una época especial de la Veterinaria.

El otro tronco radical nos vendría por el lado de la lanza, por nuestra querida adversaria de siempre, la Caballería, creo que tan temida como amada por nosotros, con motivo de la creación, en 1921, en cada Depósito de Sementales de un laboratorio contra las enfermedades del ganado, con un Veterinario 1.º Diplomado en Bacteriología. Y advierto que usará en adelante siempre las denominaciones actuales para designar los respectivos empleos, a pesar de que ello no se hiciera oficial hasta el 4 de enero de 1944. Estos laboratorios pasarían, en los tiempos de la II República, a formar parte, cada uno, de la correspondiente Sección de Evacuación Veterinaria, que entonces fueron creadas.

Ese mismo año de 1921, el año de la

- Conferencia pronunciada en el actual Centro Militar de Veterinaria en 1983

veterinaria & historia

Monumento a los Caídos del actual Laboratorio y Parque Central de Veterinaria Militar.

Rev. Terpéutica y Veter.ª URIACH - Nº [72] 1989

Edificio principal y acceso del actual Laboratorio y Parque Central de Veterinaria Militar.

derrota de Annual y de la muerte gloriosa de cinco compañeros en aquellas fechas dantescas, son creados en Marruecos 3 Depósitos de «Remonta, Aclimatación y Descanso», denominación idílica que hace recordar a los hospitales de cebuinos indios del «Council Cattle Welfare» del doctor Dhebor, cuando no a algunas modernas residencias humanas que ahora se llaman eufemísticamente «de la tercera edad», con un intento fútil de cambiar su propia imagen.

Bien es verdad que estos depósitos ultramarinos, como escribiría Gargallo, eran casi motivo de risa por no decir que de pena, a pesar de que en la orden de creación se especificaba que cada depósito constaría de un laboratorio fijo y otro móvil, con botiquines completos, con horno crematorio, etc.

Pero la verdadera creación del Laboratorio y Parque Central de Veterinaria tiene lugar durante nuestra guerra civil y la inmediata época posterior a la misma, mediante una actuación de ambos campos de batalla de modo independiente, pero de forma más clara en la zona republicana. Y hay un hombre, demasiado olvidado y cuyo nombre desde aquí deseamos reivindicar y que sería merecedor de un homenaje de agradecimiento por este Centro y por este Cuerpo, ya que fue el principal y primer promotor de esta laboratorio hace exactamente casi medio siglo.

Pero es que, normalmente, somos bastante reacios a honrar a nuestras figuras más representativas: no olvidemos que nuestra máxima figura, don Eusebio Molina Serrano, tuvo que esperar más de un cuarto de siglo a partir de su muerte para que otra gran figura del Cuerpo Nacional Veterinario, don Santos Arán San Agustín, recordara a todos la obligación y urgencia de un homenaje por toda la clase veterinaria.

Me estoy refiriendo a don Manuel Medina García, Coronel Veterinario e Inspector del Cuerpo en la zona republicana y perdido para la profesión al finalizar el conflicto.

Don Manuel Medina fue una de las máximas figuras profesionales de todos los tiempos y que, por ser poco o nada conocido por los jóvenes y menos jóvenes, quiero hacer una síntesis de su biografía. Nacido en la ciudad Imperial hace un siglo, pues lo hizo el 24 de diciembre de 1887, era hijo del famoso don Victoriano Medina, que también fue veterinario militar en su primera época profesional, que de estudiante fundó y dirigió la primera tuna veterinaria que haya existido y que en su larguísima vida, pues murió casi no-

nagernario, el 21 de julio de 1952, fue un procer de la veterinaria toledana y española, teniendo una calle dedicada en si viudad natal.

Su hijo, Manuel Medina, ingresó en la Escuela de Veterinaria de Madrid en 1902 y terminó la carrera con 19 años (lo que entonces no era infrecuente) y con la clasificación de sobresaliente. Los sobresalientes de ese año fueron, con él, otros dos veterinarios ilustres que venían siendo, con Medina, matrículas de honor desde que ingresaron en la escuela, don Cesáreo Sanz Egaña, nuestro gran higienista e historiador de la profesión, y don Balbino Sanz, que tanta celebridad adquiría posteriormente en tierras chilenas.

El mismo año en que termina la carrera –1907– ingresa en Veterinaria Militar, con el número 4. Eran los años en los que la veterinaria empezaba rabiosamente a sacudirse su marasmo de siglos, a luchar y a resurgir y en los que, hasta en la capital del Reino, lograba importantes puestos políticos, en forma de teniente de alcalde de Madrid o de senadores del Reino.

Formó parte Medina de una de las más importantes promociones de la veterinaria castrense, ya que figuraban en ella dos futuros generales del Cuerpo, don Vicentre Sobreviela Monleón y don Reinerio García de Blas (él también lo hubiera sido sin duda alguna, dada su extremada juventud), además de un futuro excelente bacteriológico, don Andrés Huerta, el ya citado don Balbino Sanz y, entre otros, el que sería, más de un cuarto de siglo después, el primer director de este Centro, don Enrique Ponce Romero.

Brazo derecho de Gordón Ordás en la política profesional e «hijo profesional» de Molina en la esfera de la veterinaria castrense, ya que así le denominaría don Eusebio en la IV Asamblea Nacional Veterinaria de 1917, era hombre íntegro, de preciara inteligencia y orador en extremo brillante –en una etapa española de grandes oradores de todo tipo, no como ahora en que, a lo sumo, existen «buenos lectores»– y persona de acción, que presidió duante varios años cruciales la ANVE (similar al hoy Consejo Superior de Colegios Veterinarios), batiéndose por la profesión en toda suerte de problemas y polémicas, con abundantes obras y premios profesionales, ponente veterinario del Reglamento de Veterinaria en Campaña de 1927, que supuso un enorme hito para nuestro Cuerpo. Su palabra era tan viva y candente que subyugaba al auditorio, tanto que en un homenaje a Gordón llamó vivamente la atención de los comensales políticos asistentes al acto cuando le correspondió a Medina ofrecer el homenaje. Y entre dichos políticos asistentes se encontraban Albornoz, Pérez, Madrigal, Salmerón Galarza, etc., que, maravillados, preguntaban quién era el ofertante. La profesión lo perdió definitivamente en 1939, habiendo fallecido posteriormente.

Pues bien, siguiendo el hilo del tema, Medina ocupaba la Inspección Veterinaria del Ejército, ya asentada en Barcelona, cuando, a comienzos de 1938, el aumento de los efectivos ganaderos de los Parques de Intendencia y Granjas de explotación ganaderas, propias de una economía de guerra, supusieron la necesidad de emplear vacunas preventivas contra las epizootías más frecuentes y peligrosas, vacunas que eran ya de muy difícil o imposible adquisición, ya que la producción de los laboratorios particulares había disminuido espectacularmente la elaboración de estos productos.

Se intentó su fabricación en la Sección de Veterinaria del Instituto de Sanidad Militar, pero sin resultado, pues todo su esfuerzo era poco para atender al elemento humano en la guerra.

Y ésta fue la base de la solicitud del perspicaz inspector Medina el 4 de enero de 1938, de instalar un laboratorio en Barcelona, anejo a la Inspección de Veterinaria Militar y que apenas acarrearía gastos iniciales, ya que se disponía del material de las Secciones Móviles de Evacuación Veterinaria de la zona republicana, reduciéndose el gasto para adquisición de material a unas 1.500 pesetas mensuales entre el entretenimiento de material de laboratorio, gas, agua, electricidad, primeras materias para preparación de medios de cultivo y reactivos, material para envases y compra y alimentación de animales de experimentación.

Dirigía el centro el mismo Medina, con la colaboración del comandante veterinario Fernando Guijo Sendrós, muerte hace pocos años y al que muchos de vosotros habréis conocido como inspector de Sanidad Veterinaria de Madrid muchos años después y que, entonces, quedaría agregado al laboratorio, sin pérdida de su destino de plantilla en la inspección, lo mismo que Medina, más la incorporación de dos tenientes veterinarios diplomados y el necesario personal auxiliar y administrativo. Como puede observarse, con depurada técnica frailuna, apenas se solicitaban plantillas. Más tarde, con el centro consolidado, podría alcanzarse el objetivo de las plantillas propias. Era la misma técnica que preconizó Medina cuando, al crearse las Secciones de Evacuación Veterinaria, en el Reglamento de Campaña de 1927, se indicaba que serían mandadas por jefes de caballería. A los que echaban en cara a Medina haber pasado por esta cláusula, éste les contestaba que los mismo que sucedió en Francia, poco tiempo después el mando pasaría al Cuerpo de Veterinaria. Como en efecto sucedió.

Se citaban las vacunas a preparar: carbunco, mal rojo, neumonía contagiosa porcina, neumoenteritis ovina, viruela ovina, diarrea blanca bacilar de los pollos, cólera, tifosis y viruela aviares, mamitis bovina, pasteurelosis del conejo y vacuna estreptoestafilocócica-colibacilar polivante.

Medina logró que fuera aprobado rápidamente el plan propuesto por el Subsecretario del Ejército de Tierra y, consultado el Ayuntamiento de Barcelona, para solicitar la ocupación de un edificio, éste ofreció la torre número 6 de la calle Tibidabo el 17 de enero. No se podía haber cumplido el expediente con mayor rapidez. Tras pequeñas obras de acondicionamiento, el laboratorio quedó emplazado y comenzó a trabajar.

Con la denominación de *«Laboratorio de producción de vacunas para ganadería»* se solicitó al subsecretario del Ejército de Tierra, en julio de 1938, su ampliación, con la dedicación de una sección para análisis de alimentos y piensos, así como el destino de un oficial farmacéutico, lo que fue rápidamente conseguido, el 9 de septiembre de 1938.

Biblioteca del Laboratorio en su primer asentamiento en la calle Núñez de Balboa.

A finales de dicho año, la inspección y el laboratorio habían aumentado notablemente su personal, ya que figuraban, además de Medina y Guijo, los comandantes veterinarios Aurelio Cuadrado –hombre brillante y polifacético, con varias carreras y no hace muchos años profesando aún como abogado del estado en San Sebastián; muy buen poeta, compañero riguroso de Jorge Guillén, de él conservo amorosamente una carta inolvidable y unos libros de poemas– y José Ocáriz –que tanto trabajaría, en animales, con los injertos de Voronoj, entonces tan en boga–, los tenientes Calvo Sáiz, Pastor Pisón y Martín Blanco, más una mujer, Elvira Caamaño, la primera veterinaria que haya pertenecido, que sepamos, a un escalafón del Cuerpo de Veterinaria Militar en España.

Porque mujeres, en esa fecha, había más en el laboratorio: las que pudiéramos denominar precursoras de las actuales laborantinas o auxiliares de laboratorio. Me refiero a las dos hijas de Medina, Angels y Africa, estudiantes de veterinaria y antiguas becarias del Instituto de Biología Animal, que ingresaron en el laboratorio, a título gratuito, previa solicitud, el 9 de abril de 1938.

Mientras tanto, en la zona nacional se habían establecido, por O.C. de 31 de julio de 1938, tres agrupaciones de veterinaria, cada una con un laboratorio y parque, además de los laboratorios anejos a los hospitales de ganado de diversa categoría.

El 15 de enero de 1939, el director de los Servicios Veterinarios de la zona nacional, el coronel don José Uguet Torres, con destino en Valladolid, solicita del cuartel General del Genealísimo la creación del Parque Central de Veterinaria en dicha ciudad, lo que fue aprobado, pero sin plantilla, quedando ubicado en los locales del Grupo de Veterinaria número 7 y Hospital de ganado número 1, hasta septiembre de 1939, en que hubo de trasladarse al Paseo de Zorrilla, 52. Con la creación del parque se había cumplido uno de los más permanentes sueños de Molina.

veterinaria & historia

Despacho del Coronel Director del Laboratorio en el edificio de la calle Núñez de Balboa.

Pero el 28 de febrero de 1939 las tropas nacionales ocuparon Barcelona y los Servicios Veterinarios, personificados en el comandante veterinario Jiménez Urtasum, se incautan de la Inspección General Veterinaria del Ejército republicano y del Laboratorio de Veterinaria Militar anejo a la misma de la calle Tibidabo, que queda convertido, por O.C. del Generalísimo de 6 de marzo de 1939, en el Laboratorio y Parque Central de Veterinaria Militar, al que en los primeros meses del año citado se incorporarían, en forma de tenientes veterinarios, varias añoradas e ilustres figuras, todas recientemente desparecidas y a las que sus propios nombres marginan la necesidad de ningún elogio: Santos Ovejero del Agua, Domingo Carbonero Bravo y Miguel Martín Ortiz, más el aún por fortuna entre nosotros Miguel Cerezano Losañez.

En 1.º de agosto de 1939 era director del Laboratorio don Emilio Sobreviela Monleón que, con el paso de los años, sería general del Cuerpo y mantendría una dura pugna con otro grande de los veterinarios militares, don Pedro Carda Gómez, en varias ocasiones en el mismo laboratorio de Núñez de Balboa, donde se hallaba el segundo destinado. Como jefe de detall del laboratorio de Barcelona figuraba otra persona muy querida para el que os habla y que lustros después sería un dinámico director de este Centro, don José de Pablo Lachós.

Con la misma fecha se constituye la plantilla del laboratorio, pero sin pérdida de los anteriores destinos de sus componentes: un teniente coronel jefe, tres comandantes –de las Secciones de Detall, de Sueros y Vacunas y de Muermo y Análisis clínicos–, más personal auxiliar y administrativo.

Pero el 3 de octubre de 1939, la comisión reunida en Barcelona para la conservación, transformación o disolución de centros, dependencias y organismos del Ejército, para cumplir con lo ordenado en el Decreto de 9 de septiembre anterior que señalaba que *«se devolverán a sus dueños los edificios y locales que usufructúan los establecimientos que se disuelvan»* y que *«esta devolución será hecha con*

toda urgencia y, para no retrasarla, el material y efectos que quedan como propiedad del Ejército, se almacenarán en locales del ramo de guerra o alquilados por el mismo», declara, dicha comisión, disuelto el laboratorio.

El teniente coronel don Emilio Sobreviela, aunque luchó denodadamente, como consta documentalmente, por defender el Centro, fracasó en su empeño. Acaso era hombre poco flexible y falto de las dotes de diplomacia –«esa línea más larga entre dos puntos», como dice Decourcelle–, tan precisas en similares circunstancias, no era la figura adecuada para esa defensa. Debería hacer entrega del edifico ocupado a su dueña, doña Soledad Rocamora, lo que hubo de llevarse a cabo, con levantamiento del acta correspondiente, el 24 de octubre de 1939.

Llegó así un momento, ante la desesperanza de no encontrar un local para afirmar la continuidad del laboratorio que el entonces inspector veterinario coronel don Vicente Sobreviela, solicitó, el 27 de octubre de 1939, que pudiera el Centro continuar sus trabajos y su existencia en los locales del Instituto de Biología Animal, a lo que accedió rápidamente aquel modelo de caballeros que regía entonces la Dirección General de Ganadería, de la que dependía dicho instituto, don Mariano Rodríguez de Torres.

Pero terminaría 1939 y el laboratorio ni tenía sede ni tenía, además, plantillas propias, lo que era más grave. Al carecer de éstas, fueron solicitadas el 27 de enero de 1940, siendo sorpresivamente aprobadas las mismas, hecho en el que tuvo gran intervención el hoy coronel veterinario retirado don Rafael Montero Montero, otro hombre al que, con Medina y Ponce, debe el laboratorio su creación. Y ello porque dicho jefe –comandante entonces– se hallaba en el momento crucial destinado en el Ministerio del Ejército y supo maniobrar sobre los órganos de decisión para que las plantillas fueran creadas. Y no puede decirse que su mérito se debió a la casualidad o a la suerte de encontrarse allí en el momento preciso, porque, como reza el adagio, *«la suerte hay que buscarla»*. Hay que hallarse preparado para obtener provecho de las ocasiones que pocas veces pasan por delante, estar preparado para saltar a ese tren que cruza por nuestra vida muy escasas veces. Lo mismo les ocurrió a Pasteur con la vacuna del cólera aviar, a Fleming con el *Penicillum notatum*, a Ramón con el formol o a Golgi con las preparaciones abandonadas por su ayudante tantos días.

En la página 34 de las Plantillas del Ejército para 1940 aparecían refundidos, el Laboratorio y el Parque de Veterinaria, por Orden de 18 de abril de 1940, comprendiendo las plantillas de personal un teniente coronel veterinario director, tres comandantes veterinarios (para las Secciones de Sueros y Vacunas, Muermo y Análisis clínicos y Detall), un capitán veterinario para la Sección del Parque y un teniente secretario de Dirección, aparte del personal auxiliar y administrativo, de intervención y de intendencia.

Pero el laboratorio seguía teniendo su sede en Valladolid, en unos alojamientos indignos e insuficientes, ya que había tenido que abandonar su primitivo asentamiento el 1.º de octubre de 1939, al constituirse la Academia de Caballería, para pasar a un piso de la calle Zorrilla, 52. Pero allí sólo disponía de un reducido número de habitaciones en su piso, en el que empezó a organizarse lo más indispensable de las oficinas, y un garaje en otra finca, viejo y muy húmedo, que serviría para nave de almacenamiento de material de recuperación de la guerra.

Y empiezan a ser destinados los jefes del nuevo Centro: el 3 de julio es destinado como jefe de Detall el comandante don Juan Pérez Bondía, el 3 de agosto el director don Enrique Ponce, el 22 del mismo mes, como jefe de Almacenes y Talleres el capitán don Flavio Pulido y el comandante Gacía Bengoa (más tarde general) como jefe de la Sección de Sueros y Vacunas. El laboratorio comenzaba a caminar.

Nada más destinado Ponce, con su característica actividad, comienza a buscar en Valladolid un edificio adecuado para instalar el laboratorio. Pero, tras meses de agotadora búsqueda, se rindió ante lo imposible: no había forma de encontrarle horma al zapato. ¿O, acaso, con su fino instinto, no deseó encontrarla? Pensaba, con toda razón, que el Centro, como dependiente directo de la Inspección de Veterinaria, debería tener su asiento en la capital de España. Y en este campo es donde brillará a gran altura la capacidad de maniobra y la perspicacia de Ponce Romero. Mueve todas sus influencias en el Ministerio del Ejército, haciendo ver la necesidad absoluta de que el laboratorio sea trasladado a Madrid, en donde será más fácil encontrarle una ubicación adecuada. Y finalmente consigue que un jefe del Estado Mayor Central realice una visita de inspección a los inenarrables asentamientos de Valladolid. Era la primera baza conseguida, ya que dicho jefe informa verazmente del estado de la situación, y con fecha 16 de diciembre de 1940, se autoriza su traslado a la capital de España.

Y aquí empieza otra frase en la que se demuestra la capacidad maniobrera de Ponce, ya que, apoyado en la Orden del Ministro del Ejército, que urgía a la Jefatura de Propiedades y Arrendamientos de Madrid la búsqueda de un edificio adecuado, ya en propiedad o ya en arrendamiento, siendo agregado a dicha Junta, para ese cometido, como representante del Establecimiento, el teniente coronel director del mismo, Ponce tuvo en jaque a dicha Junsta hasta que logró sus objetivos. En ese terreno desarrolló, en efecto, sus dotes de astucia y perseverancia para conseguir exactamente lo que el Centro precisaba, consiguiendo incluso que la Junta de Propiedades y Arrendamientos contratase el edificio ofrecido en segundo lugar en vez del ofrecido en primer lugar, aunque las propuestas y contrapropuestas de unos locales en la calle de Bravo Murillo hicieron retrasar la propuesta del director por el edificio de la calle Núñez de Balboa, número 72, esquina a Padilla. Hay que pensar en las dificultades inmensas que entrañaba por aquel entonces conseguir que se entregara a un laboratorio que en realidad todavía no había funcionado ni podían preverse su utilidad y su provecho, de un palacete en pleno barrio de Salamanca. Sólo un hombre de las características de Ponce podría lograrlo.

El contrato se formalizó en 1941, por

cinco años prorrogables, tomando posesión del edificio, que muchos de vosotros habéis conocido. Pero dicho palacio se encontraba en estado de gran abandono, pues había sido utilizado, durante la guerra, por el Ejército republicano para diversos servicios, y hubo necesidad de llevar a cabo obras diversas, que corrieron, en su mayoría, a cargo del propietario.

El año 1941 terminó con las muchas obras de acondicionamiento y las visitas y gestiones de Ponce en Madrid para acelerarlas. A principios de 1942, con las obras del laboratorio muy adelantadas, los comandantes Cicuéndez y Bengoa marcharon a Madrid, al Instituto de Biología Animal, para realizar trabajos de selección de cepas de gérmenes para trasladar al nuevo Centro y para elaborar maleína por vez primera para los equipos del Ejército, con marchamo del Laboratorio y Parque Central de Veterinaria de Núñez de Balboa.

El traslado físico no terminó hasta el 28 de marzo de 1942, permaneciendo en Valladolid el teniente Esteras al mando de varios soldados para cuidado del material embalado.

En el nuevo edificio empezó habilitándose la primera planta, para despachos y biblioteca, después de la segunda se transformó en laboratorios y más tarde se habilitó la tercera para oficinas y parque, para lo que también se utilizó la buhardilla. En el sótano se instalaron los talleres y parte del almacén. Y en un pequeño edificio independiente el dormitorio de la tropa arriba y abajo el garaje y las caballerizas, instalándose en un local separado los pequeños animales.

En junio de 1942 se modifican las plantillas del laboratorio, pasando el grado de director del Centro a coronel, al ser ascendido Ponce y confirmado en el destino y las Jefaturas de Labores y de Detall a teniente coronel. Desde 1943 –en el tercer trimestre– comienza el laboratorio a disfrutar de presupuestos para instalación y gastos de mantenimiento y adquisición de material reglamentario para los Cuerpos y Unidades de Veterinaria, pues hasta entonces el Centro no había tenido consignación, subsistiendo a base de préstamos, lo mismo con Medina en tiempos de la creación, como con Sobreviela, puesto que el 5 de agosto de 1939 recibió un adelanto de 40.000 pts. como anticipo a reintegrar cuando se recibiera la oportuna consignación.

Este año de 1943 fue fértil para nuestro Cuerpo, ya que por Orden de 2 de marzo se crea el cargo de General Inspector de Veterinaria, con la categoría de general de brigada, celebrándose el 14 de junio en el nuevo laboratorio el acto de imposición del fajín, bastón y sable al general Sobreviela, con asistencia de absolutamente todos los estamentos profesionales, que festejaron como propio un triunfo harto tiempo esperado por toda la profesión y, en particular, por la castrense.

Este año es también el de la implantación de los primeros cursos de Especialidades Veterinarias, permitiendo ingresar en la primera convocatoria tras la correspondiente oposición, a 4 excelentes capitanes, aún felizmente entre nosotros: Ruiz Tutor (más tarde general), López Arruebo, Díez Martín y Morales Herrera, que hoy nos acompaña.

A principios de 1944, por Orden de 4 de enero, al fin se cambian las denominaciones de los empleos del Cuerpo (y no sólo de éste), de forma que, desde aquella fecha, se abandonaron las titualciones (que en la práctica casi no se utilizaban desde hacía muchos años) de subinspectores primeros y segundos y de profesores mayores, primeros y segundos, por los nombres comunes y universales de coroneles, tenientes. coroneles, comandantes, capitanes y tenientes veterinarios.

Desde entonces el laboratorio no ha hecho más que afirmar su destino y ampliar su andadura, y así:

– En 1946 se separan los dos diplomas –bacteriología y Análisis clínicos y Bromatología e Higiene– del único primario.

– En 1947 se dispone que se impartan en el Centro los cursos de ascenso a jefe de los capitanes veterinarios –de los que, el primero, se celebraría en 1952– y se desarrollan, debidamente autorizados, unos cursillos de bromatología superior para inspectores municipales veterinarios, subvencionados mediante becas.

– En 1948, con motivo del I Congreso Veterinario de Zootecnia, celebrado en Madrid, visitan el laboratorio las delegaciones de Argentina, Portugal, Gran Bretaña e Italia.

– En 1949 se traslada el Parque, al resultar imposible, por falta absoluta de espacio, almacenar todo el material en el Centro de Núñez de Balboa, a unas naves comunicadas, alquiladas por el

Despacho del Laboratorio en su segundo emplazamiento en la Academia de Sanidad Militar, cuando el autor de este artículo era Director del mismo.

Ejército, en la calle Invencibles, número 4, y calle Manuel Carmona, número 5.

– En 1950 se mejoraran las plantillas del Centro, lo que volvería a suceder en 1954.

– En este año de 1954, el 8 de diciembre, y coincidiendo con la celebración de la Patrona del Cuerpo, la Inmaculada Concepción (así declarada por Decreto del general Varela de 3 de mayo de 1941), se celebra un emocionado acto en memoria del coronel Molina, colocando un busto del mismo en la que iba a ser Sección de Virología. Fue un acto en el que se volvó toda la veterinaria, y aún viven algunas de las personas que hablaron en el homenaje, como don Cristino García Alonso o don Laureano Sáiz Moreno.

– En 1961 el laboratorio se traslada, obligatoriamente, al ala derecha de la planta baja de la Academia de Sanidad Militar, a excepción del Parque, que continuó en la calle Invencibles.

– En 1962 se aprobaron los distintivos de las especialidades veterinarias.

– En 1963, del 20 al 25 de octubre, se celebró, en el Aula Magna de la Academia de Sanidad Militar, el I Simposio de Higiene de los Alimentos, organizado por el Laboratorio Central de Veterinaria a impulsos de su director coronel Lanchós.

– En 1973 la televisión española se asoma por primera vez al Centro, con motivo de celebrarse el cincuentenario de la Organización Colegial Veterinaria, cuando el que os habla representaba al Cuerpo en el Consejo General de Colegios Veterinarios y era jefe de la Sección Técnica y presidente del I Congreso de Historia de la Veterinaria. La presencia del citado ente se repetiría el 10 de septiembre de 1981 a causa de la colocación de la primera piedra del nuevo Centro en el que nos encontramos, presidiendo la ceremonia el general Villaescusa.

– En 1978 se crea la Oficina de Normalización Militar número 32, ubicada en este Centro.

– En 1981 se crea la Sección de Investigación y Doctrina (SEDOC), y en el mismo año se crea el nuevo Diploma de Cirugía Veterinaria, adscrito provisionalmente a la Unidad de Veterinaria de la 5.ª Región Militar.

Desde hacía años se habían quedado muy reducidas las instalaciones para las necesdidades del laboratorio. Pero, además, el Parque se encontraba cada vez en condiciones más precarias en la calle Invencibles, en unas naves más deteriodadas cada año, con valioso material expuesto casi literalmente a las inclemencias del tiempo. Parecía, además, preciso reunificar ambos Centros para su mejor control y servicio.

Por esa razón, los últimos directores del Centro se movilizaron insistemente en la procura de un nuevo edificio, hasta que en 1979 el teniente general jefe del Mando Superior de Apoyo Logístico, consciente del problema y buen conocedor de los trabajos del Centro, ordenó un estudio sobre las posibilidades de una nueva instalación en un edificio de nueva planta y que se elaborarse una programa de necesidades para asignar los fondos necesarios y realizar un proyecto definitivo.

Tras el estudio de varios solares pertenecientes a Ejército, en 1980 se acordó que la zona más apropiada era la contigua al Regimiento de Infantería Wad-Ras 55, en Campamento, y en 1981 comenzaron las obras.

El 4 de diciembre de 1984 finalizó el Parque su traslado y el 9 de diciembre de 1985 se realizó la entrega de la última obra del conjunto del Centro, siendo inauguradas oficialmente las instalaciones el 16 de diciembre de 1986.

Con ello se rompió una convivencia familiar con la academia de Sanidad Militar que duró un cuarto de siglo y en la que, si al principio se registraron algunos problemas y reticencias, después fue modélica y armoniosa.

Medio siglo es muy corto espacio de tiempo para historiar y, aún más, para juzgar sobre una obra. Pero queremos hacer una breve síntesis de este tiempo. Tiempo duro, maravilloso, entrañable e ilusionado, en el que muchos volcaron sus esfuerzos para este logro. ¡Dichosos tiempos aquellos de Núñez de Balboa en los que teníamos que reanudar la tarea a altas horas vespertinas a causa de las restricciones de luz y de gas, que precisaban de nuestra asistencia mañana y tarde para poder finalizar las largas tandas de aglutinaciones y fijaciones de complemento para el diagnóstico del muermo! En los años en que sólo en cada una de las determinaciones citadas se contabilizaban anualmente por varios miliares.

Por este Centro han pasado 14 directores, desde el primero, el traumatúrgico Enrique Ponce hasta el actual, Juan Luis Rubio. Debemos admitir que habrá habido de todo, unos más excelentes y otros menos buenos, pero creo que absolutamente todos cubrieron con dignidad el puesto.

En la laboratorio se trabajó siempre mucho y con la mejor voluntad posible, se fue siempre leal al mando, lo que no evita que también se le tuviera bajo el ojo de la crítica –*«desconfía del subordinado que nunca critica a su superior»* dijo a Charton Collins–, se ha laborado por la Veterinaria, procurando enlazar siempre con los demás sectores veterinarios no castrenses, ya que siempre hemos opinado que nuestro Cuerpo tenía necesidad de ampliar sus relaciones públicas con urgencia y con profundidad, como dicen ahora los políticos continuamente, es decir, de darse a conocer en la calle. Y se han logrado éxitos profesionales evidentes: los trabajos sobre bedsoniasis y anemia infecciosa equina; la demostración por vez primera en España del aborto epizoótico equino, la colaboración inestimable en la extinción de la durina y el muermo en España, registrándose en este Centro las dos últimas fijaciones de complemento positivas de muermo en 1957 (caballos Vaciador e Hicopi); en este Laboratorio se aisló por primera vez en España la *Salmonella budapest;* aquí se realizaron todos los análisis para investigación de alcohol metílico de los vinos y licores de las Fuerzas Armadas y sobre mercurio en pescados, lo que se repitió más tarde con el problema de los análisis de los aceites ante el síndrome tóxico.

El laboratoria ha organizado en los primeros tiempos en los locales de Núñez de Balboa, cursos de bromatología para veterinarios civiles, y, más tarde, en gran número de colegios provinciales veterinarios. Y, mucho antes, todos sus técnicos fueron soli-

citados en bloque para realizar una campaña, con la Comisaría de Abastecimientos y Transportes, en materia de inspección de carnes de 1953 y 1954.

De los cursos de bromatología escribiría el admirado colega, historiador y polifacético Madariaga de la Campa: *«Ojalá el resto de la profesión, y cobre todo nuestra clase dirigente, tome modelo de sus programas de promoción, en los que sus programas de promoción, en los que figuran el estudio y la disciplina profesional, como norma invariable de conducta».*

El laboratorio ha estado representado en todo tipo de comisiones interministeriales de sanidad o de alimentación, en congresos y en jurados de concursos.

En suma, el laboratorio y Parque de Veterinaria Militar («el Parque», como es denominado por nuestros colegas civiles, sin duda porque en algún tiempo fue su nombre oficial «Parque y Laboratorio de Veterinaria Militar») tiene ya su sello propio, su impronta basada en su generosidad y en sus puertas abiertas a toda la profesión. Y es que el Cuerpo de Veterinaria Militar ha sido siempre ajeno totalmente a cualquier tipo de discordias, enfrentamientos o banderías y, contra lo que se ha dicho con frecuencia en cuanto a que no se siente ligado a la Veterinaria civil y solidario con sus problemas, creemos, por el contrario, que ha representado siempre la levadura de la unidad sin sombra de egoísmo, porque jamás ha tenido problemas oscuros originadores de conflictos, ni ha tenido necesidad de buscar cauces de promoción política. Hemos sido del todo ajenos a las luchas políticas intestinas y, por eso, nuestra postura ha sido siempre honesta, desinteresada y generosa.

Creemos que el laboratorio ha sido siempre respetado en el Cuerpo y fuera de él, aunque en algunos casos, incluso entre nuestros más altos jefes hayan existido casos de indiferencia e incluso de abierta hostilidad hacia él.

Y termino. Yo deseo ardientemente que las nuevas y futuras promociones puedan y sepan defender este legado como su propia vida. Lo que sé que no va a resultar demasiado fácil.[2] Con eso nos daremos los demás por muy satisfechos. Muchas gracias.

CARGA Y DESCARGA DE CABALLOS DE LOS BUQUES

En diversos grabados antiguos se representan de forma similar caballos y mulos suspendidos de cuerdas y arreos de los palos de las embarcaciones a vela. Uno de los grabados más antiguos mostrando este sistema de carga de los caballos en una pequeña embarcación, se refiere a un bote español del siglo XVI (Fig. 1). La segunda escena localizada corresponde a un grabado histórico que representa un buque de la armada británica, que entre 1776 y 1783 estaba cargando caballos con destino a la guerra de la Revolución de las colonias americanas (Fig. 2).

Aparentemente el método de elevar o descender de los animales para carga o descarga no se olvidó cien años más tarde, los arreos utilizados, esta vez de nuevo por los británicos en sudáfrica de 1899 a 1901 fueron prácticamente los mismos (Fig. 3) como se señala ya la fotografía.

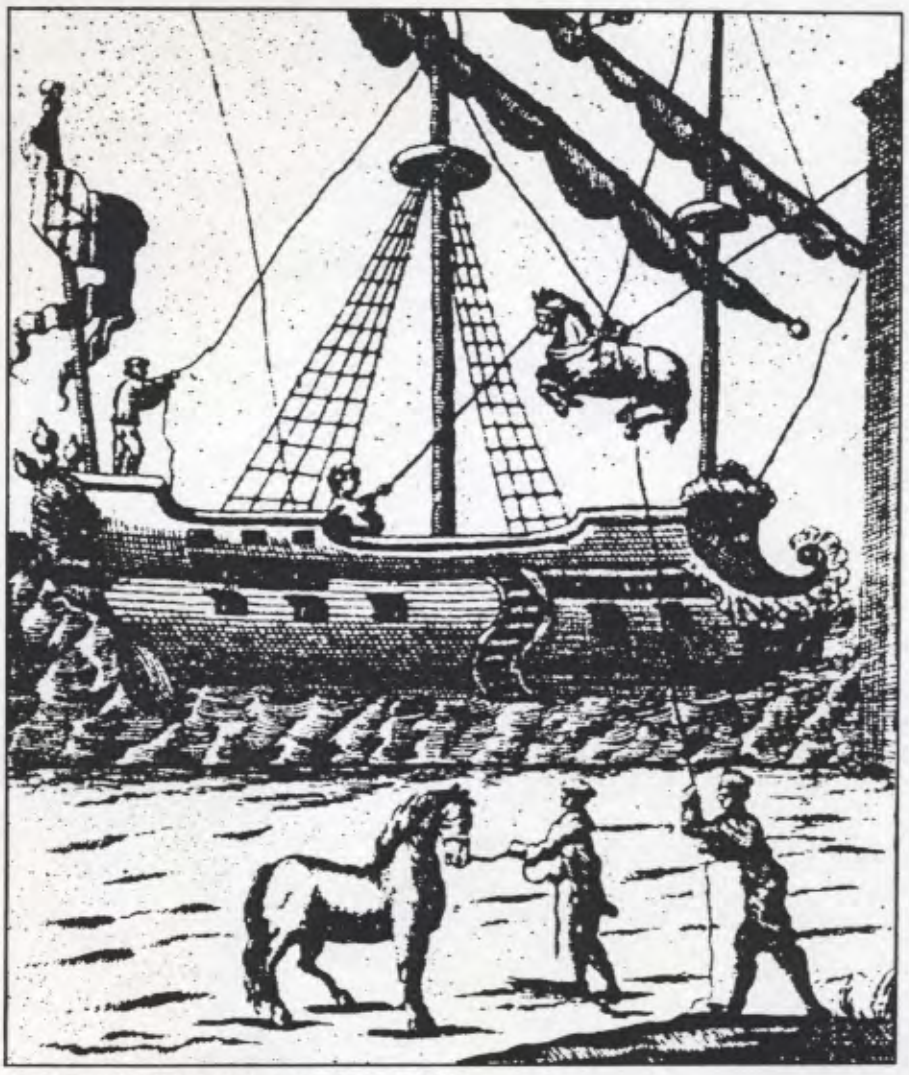

Fig. 1. Cargando caballos en un buque español en el siglo XVI.